

**Tipo de documento:** artículo

# Medios y política en 40 Años de democracia en Argentina

**Autoría ditelliana:** Kitzberger, Philip (*Universidad Torcuato Di Tella, Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales*)

**Fecha de publicación:** Diciembre 2023

**Publicado originalmente en:** Desarrollo Económico. Revista De Ciencias Sociales, 63(240), 185-194. (e-ISSN: 1853-8185)

## ¿Cómo citar este trabajo?

Kitzberger, P. (2023). Medios y política en 40 Años de democracia. Desarrollo Económico. Revista De Ciencias Sociales, 63(240), 143–154. <https://revistas.ides.org.ar/desarrollo-economico/article/view/631>

El presente documento se encuentra alojado en el **Repositorio Digital de la Universidad Torcuato Di Tella** bajo una licencia [Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 DEED](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/) según lo indicado en la fuente original del documento.

**Dirección:**

<https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/12739>

# Medios y política en 40 años de democracia en Argentina

Philip Kitzberger\*

## Resumen

El texto analiza la interacción compleja entre los medios de comunicación y la política en Argentina durante las últimas cuatro décadas. En particular, considera la forma en que factores históricos y cambios en el campo de los medios de comunicación, en las tecnologías y el periodismo moldearon la mediatización de la política e interactuaron con la (re)politicización y polarización mediática. Además de adentrarse en las interacciones entre sistema de medios y sistema político, el trabajo alude a algunas cuestiones que afectan la calidad de la comunicación política democrática en la Argentina como los legados históricos y la persistencia de lógicas instrumentales y patrimonialistas; los obturados debates sobre regulación de medios y libertad de expresión; los opacos vínculos entre la judicialización de la política, servicios de inteligencia, sectores del periodismo y política; y las continuidades y discontinuidades entre el sistema mediático nacional y los sistemas de medios subnacionales en el federalismo argentino.

**Palabras clave:** medios de comunicación, política argentina, regulación de medios, libertad de expresión

## Media and politics in 40 years of democracy in Argentina

### Abstract

The text analyzes the complex interaction between media and politics in Argentina during the last four decades. In particular, it considers how historical factors and changes in the media field, in technologies and journalism shaped the mediatization of politics and interacted with media (re)politicization and polarization. In addition to delving into the interactions between the media system and the political system, the paper addresses some issues that affect the quality of democratic political communication in Argentina, such as the historical legacies and the persistence of instrumental and patrimonialist logics; the blocked debates on media regulation and freedom of expression; the opaque links between the judicialization of politics, intelligence services, sectors of journalism and politics; and the continuities and discontinuities between the national media system and the subnational media systems in Argentine federalism.

**Key words:** Media, Argentine Politics, Media Regulation, Freedom of Speech, Argentina, Media Regulation

\* Universidad Torcuato Di Tella. rgutierr@unsam.edu.ar

En este trabajo me propongo reflexionar sobre el lugar de los medios de comunicación en el marco de los problemas que no nos imaginábamos íbamos a tener que lidiar luego de la transición a la democracia. En ese contexto, nuestras expectativas respecto a los medios de comunicación no eran particularmente elevadas. Su prestigio y credibilidad estaban dañados a la salida del régimen autoritario. Las tergiversaciones y desinformaciones que caracterizaron su cobertura de la Guerra de Malvinas y, especialmente, sus omisiones y silencios ante las violaciones a los derechos humanos a lo largo del régimen militar, los inhibió de asumir un papel protagónico durante la transición democrática. Sin embargo, en adelante, los actores mediáticos y periodísticos plantearían una serie de desafíos significativos para la política democrática con los que lidiamos aun hoy. Algunos de sus déficits democráticos han mostrado continuidad, a la vez que otros se han agudizado de cara a los cambios institucionales y tecnológicos que han transformado el escenario mediático. Y, sin embargo, enfocarnos en los problemas y falencias no debe hacernos perder de vista un aspecto central muy positivo. Hace diez años el colega Manuel Balán publicaba un balance en torno al desempeño de los medios cumplidos los 30 años de democracia en el que decía que en términos de libertad de expresión y de pluralismo, todos los gobiernos democráticos de 1983 en adelante estuvieron sometidos a algún tipo de contestación pública, todos tuvieron sus críticos en la arena mediática (Balán, 2013). Si miramos la última década yo aventuraría que esa observación se sigue sosteniendo. Podemos seguir diciendo que en todos los gobiernos ha habido, dentro de los medios *mainstream*, espacios de contestación, de crítica, al menos en el nivel nacional. Quizás en el nivel subnacional tendríamos que hacer algunos matices. Dicho esto, no podemos pasar por alto los numerosos claroscuros y desafíos que, a lo largo del tiempo, se han ido presentando y que no eran evidentes en 1983. ¿Cuál fue el primer desafío que debimos enfrentar?

El primer desafío que enfrentamos se relaciona con lo que la literatura académica ha denominado el fenómeno de la mediatización de la política. El concepto de mediatización de la política se desarrolló particularmente en la investigación europea en comunicación política. A medida que la prensa partidaria típica de la región retrocedía y los medios radioeléctricos estatales de servicio público se alejaban de las lógicas político-partidistas a la vez que pasaban a convivir con otros nuevos emisores orientados al mercado, se evidenciaba una creciente diferenciación entre instituciones mediáticas e instituciones políticas. Este proceso, paralelo a la expansión de la televisión como *medium*, puso de relieve unas lógicas mediáticas relativamente autónomas a las cuales los actores políticos tuvieron que adaptarse y someterse progresivamente para sobrevivir y sostener los vínculos con una ciudadanía crecientemente desapegada de las identidades partidarias tradicionales.

Más allá de las enormes diferencias de contexto, a partir de 1983 también se desplegarán importantes transformaciones en la intersección del campo de las instituciones mediáticas y el ámbito de la representación política en la Argentina.

Para empezar, empezaríamos a percibir un rápido crecimiento de los medios como escenario central de la política. Aunque muchos de los obser-

vadores de aquel entonces no estuvieran necesariamente familiarizados con la literatura europea sobre el tema, lograron percibir parte de este fenómeno, que en la Argentina se cifraba en la contraposición de una cierta recuperación del prestigio periodístico y continua expansión de los medios, de un lado, y la crisis de credibilidad de la política especialmente de cara a las dificultades ante el contexto económico de los años ochenta, del otro. Algo más tarde, a partir de los años noventa, se sumarían los cambios en la estructura de propiedad de los medios ligados a la liberalización económica. Dichas transformaciones, sintetizables en términos de un proceso de privatización, concentración y conglomeración de los mercados mediáticos, potenciaron los cambios en el balance de poder entre élites políticas y élites mediáticas.

Tradicionalmente, en Argentina las élites político-estatales habían tenido mucha capacidad de negociar favorablemente sus intereses con los medios. Unos actores mediáticos más grandes y empoderados frente al Estado le pueden imponer ciertos condicionamientos y negociar sus intereses corporativos por medio de su creciente capacidad de amenaza por sobre las carreras políticas. Pero acá quiero destacar un fenómeno que es de naturaleza híbrida. De un lado se trata de un poder de negociación instrumental y deliberado, al que haré referencia más adelante. Del otro, de imperativos que tienen que ver con lógicas sistémicas, estructurales, como las lógicas comerciales, de audiencias y de géneros mediáticos y periodísticos a los que los actores políticos se adaptaron como pudieron: curando su imagen, arreglándose los dientes, ensayando lo que funciona en televisión, etc. Fruto de estas necesidades de la política mediatizada emergen nuevos roles profesionales que han sido bastante estudiados: consultores de opinión, asesores mediáticos, etc. Cambia toda la escena, la organización y la forma de hacer campañas y de comunicar los actos políticos y de gobierno.

Si la mediatización de la política es un fenómeno global, en Argentina y en América Latina, esta tuvo particularidades de *timing* que, como mencionamos, yuxtapusieron expansión mediática y descrédito de la política partidaria, resultantes en un abrupto incremento del poder reputacional de los medios que puede dimensionarse en la percepciones, especialmente entre actores políticos, de los medios como un fuerte poder de veto. Recordemos el lugar común de época expresado en frases de época como “ningún gobierno resiste tres tapas negativas de Clarín”. Y eso, obviamente, fue fuente de varios problemas y de varios conflictos ulteriores.

Un correlato de esto ha sido la dificultad para debatir nuestra institucionalidad mediática de cara a los requerimientos cívico-democráticos de los medios de comunicación. En la Argentina, toda iniciativa reformista o intento de discusión del marco regulatorio de los medios ha tenido enormes dificultades para sortear a los *gatekeepers* de la esfera pública. Un muy interesante trabajo reciente basado en el análisis de contenido de medios durante los períodos en que se propusieron reformas desde la política, empezando con el del CoCoDe (Consejo para la Consolidación de la Democracia), durante el gobierno de Alfonsín, fueron o bien silenciados, o eran cubiertos de forma muy sesgada, sobrerrepresentado a los puntos de vista empresariales, o eran enmarcados y decodificados en narrativas maniqueas en medio de procesos de polarización política impidiendo un debate racional e informado (Boczkowski et al., 2022).

Ahora bien, una vez que veníamos naturalizando o incorporando el problema de la mediatización, asumiendo una narrativa que, para representarla rápidamente, puede ilustrarse en la idea de Bernand Manin de la democracia de audiencias –donde domina una política mediatizada, y despolitizada, centrada en la personalización y en estrategias *catch-all*– nos encontramos con un segundo momento de repartidización o repolitización de los medios. Cuando veníamos acostumbrándonos a esta idea de que estas instituciones no políticas gobernaban la lógica de la política, estas instituciones relativamente despolitizadas se repolitizaron en el marco de una polarización populista. Y pasamos de un escenario de instituciones mediáticas relativamente desalineadas respecto de la política de partidos, a instituciones y un periodismo fuertemente realineados a partir de nuevas identidades positivas y formas de partidismo negativo. He aquí un segundo momento inesperado. Ahora bien, esa repolitización no significó una desmediatización. Siguen siendo democracias fuertemente mediatizadas, pero donde se sobreimprimen lógicas mediáticas y lógicas políticas. Déjenme mencionar solamente un ejemplo breve y contemporáneo para aproximarnos a la idea de esta superposición e hibridación de lógicas que a veces se convergen y eventualmente se tensan. En el canal de noticias 24/7 LN+, coexisten, de un lado, la lógica informativa y el imperativo de buscar incrementar la audiencia. Del otro, se trata a la vez de un medio que está vinculado a una agenda política ligada a un sector de una de las dos grandes coaliciones que han dominado la política en los últimos tiempos. Significativamente, hace algunas semanas podían leerse “posteos” en las redes sociales de algunos dirigentes de Juntos por el Cambio, la coalición opositora, quejándose de que el estudio del canal se había convertido en un foro privilegiado de *outsider* emergente, Javier Milei. Esa queja expresa la expectativa propia de la lógica política, y confirmatoria de los rumores de los vínculos orgánicos entre el medio y la coalición opositora, que entra en conflicto con la otra, la lógica mediática que induce a los profesionales mediáticos que guardan algún grado de autonomía decisoria en el medio, a invitar a alguien que “mide bien” y “funciona” para el segmento de audiencias cultivado por el propio canal.

La repolitización de los medios, como mencioné, está ligada a la división kirchnerismo vs antikircherismo que irrumpió como clivaje central de la política argentina. Si bien ya se insinuaba con anterioridad –en especial en tensiones que atravesaban el campo periodístico– fue el conflicto agrario en Argentina en 2008 el que dio inicio a un nítido (re)alineamiento político de los medios periodísticos argentinos. Los principales medios de comunicación, en particular los pertenecientes al Grupo Clarín y La Nación, adoptaron una postura decididamente opuesta al gobierno. Este alineamiento antipopulista de los medios *mainstream* mantuvo estable en el tiempo con independencia del hecho de que el kirchnerismo estuviera en el gobierno. Como sabemos, más allá de *Página/12* y el canal de noticias C5N, la representación mediática del populismo ha variado en función del acceso del kirchnerismo a los recursos del Estado.

Este patrón estable de correspondencia entre alineamientos mediáticos y clivajes políticos, que en el campo de la comunicación política comparada llamamos paralelismo político, podría estar llegando a su fin con los

movimientos en el campo político a partir del surgimiento de la figura de Javier Milei.

Esta forma de paralelismo populismo/anti-populismo asemeja y emparenta al sistema de medios argentina al de los otros países de América Latina con experiencias duraderas de populismos de izquierda.

Estas formas de alineamiento, es importante destacar, no se limitaron a las posiciones y espacios editoriales, sino que se expresaron también en una cobertura periodística que se volvió cada vez más selectiva, centrándose en denuncias dirigidas a los oponentes políticos, en redacciones que, mediante procesos de (auto)selección se tornaron crecientemente homogéneas, y, *last but not least*, en audiencias crecientemente alineadas políticamente que pasaron a demandar, más que información, contenidos que reafirmaran sus convicciones.

En otras palabras, lo que observamos son procesos de polarización populista en los que los medios no solo reflejan las divisiones del sistema político, sino que también participan activamente en la producción y reproducción de estas divisiones. Al igual que en otros contextos de política populista, los medios establecidos y las instituciones periodísticas desempeñan un papel importante en la estructuración del antipopulismo, una forma de partidismo negativo central en la política latinoamericana.

Si bien, como señalamos, las instituciones mediáticas tienen vínculos íntimos con el mundo político, adquieren, al menos en estos contextos, un rol relativamente autónomo. La estabilización de dicho rol tiene que ver, a mi juicio, con la existencia de ciertos mecanismos de reproducción que persisten más allá de los disparadores originales del mecanismo. ¿Qué es lo que estoy tratando de decir? Inicialmente, sin duda, los realineamientos fueron impulsados o desencadenados por el crecimiento de la brecha en términos de orientación ideológica entre la élite político-estatal y las élites mediáticas. La repolitización de la política económica y social contribuyó a la polarización, al restablecer el debate ideológico y socavar la zona de *comfort* ortodoxa y tecnocrática en la que los propietarios y editores de medios habían operado durante el Consenso de Washington. Esa distancia creciente, que eclosionó con la llegada de Cristina Fernández de Kirchner a la presidencia, pudo haber operado como causa inicial o disparador del realineamiento. Sin embargo, ese reacomodamiento que daría lugar a lo que hoy conocemos como el “periodismo de guerra”, se estabilizó a partir de cambios en la composición en las redacciones, cambios en las relaciones entre periodistas y fuentes en sentido de la marginación sistemática de las fuentes políticas del campo contrario, práctica naturalizada a partir de una percepción del otro como más allá de la legitimidad democrática afincada en narrativas populistas y antipopulistas, y, adicionalmente, por unas audiencias, cultivadas inicialmente desde los propios medios, pero que finalmente presionan sobre los propios periodistas en el sentido de demandar la reproducción del sesgo. En este sentido es probable que la irrupción de las redes sociales, que, entre otros cambios, volvieron a periodistas más sensibles a las reacciones inmediatas de sus seguidores, hayan funcionado como refuerzo de estos mecanismos.

Una anécdota simpática que ilustra la reproducción relativamente autónoma de estos alineamientos en las redacciones periodísticas con inde-

pendencia de las presiones instrumentales externas, proviene del contexto de la campaña electoral de 2019. Como candidato, Alberto Fernández, antiguo jefe de gabinete de Cristina Fernández de Kirchner que había dimitido durante la crisis agraria en disidencia abierta la estrategia de guerra mediática, llamaba a la moderación y al apaciguamiento en tanto se había reunido en un evento público con el CEO del Grupo Clarín. Sin embargo, en la primera entrevista que concedió como candidato, no pudo evitar quejarse por la persistencia de la cobertura hostil y de la actitud del periodismo, al que comparó con los soldados japoneses que sobrevivían en islas sin saber que la Segunda Guerra Mundial había terminado.

Quiero enfatizar la existencia de estos mecanismos que dan cuenta de cómo se estructuran los términos o las relaciones entre medios periodísticos y sistema político para diferenciarlos de los mecanismos instrumentales que frecuentemente invocamos en nuestro país y en la región para dar cuenta de los vasos comunicantes entre ambos ámbitos. No estoy diciendo que las lógicas instrumentales no existan o no sean importantes para dar cuenta de la relación en cuestión. Son centrales, sin duda, pero creo que muchas veces los análisis de las relaciones medios-política caen en el reduccionismo en términos del comportamiento político de los medios.

Las lógicas instrumentales son centrales, sin duda. Y esto más allá de las etapas particulares de todo el período democrático, y más allá. Son también multidireccionales. Su presencia queda ilustrada tanto por la presión que puede ejercer un gobierno sobre medios cuya sustentabilidad económica depende del acceso al Estado, como por propietarios de medios que utilizan las redacciones como instrumentos de chantaje o influencia en función de sus intereses particulares. Estas formas de clientelismo, patrimonialismo o captura mediática, decía, están fuertemente arraigadas y son de viejo cuño. Pero en la medida que la economía de los hoy llamados “medios tradicionales” se ha precarizado como efecto de la digitalización, el ejercicio del periodismo se ha vuelto aún más vulnerable a estas fuerzas heterónomas.

Si bien las lógicas instrumentales vienen de muy lejos, quisiera señalar una deriva compleja que han tenido las mismas y que resulta problemática para nuestra política democrática. Me refiero a las relaciones espurias entre operaciones de inteligencia y periodismo. Este lastre para nuestra democracia es otro que no ha sido debidamente tematizado en el debate público ni en la investigación, con la honrosa excepción de algunos trabajos periodísticos. Creo que parte del fenómeno debe rastrearse en la última dictadura militar, (1976-1983) y en las operaciones que, con la colaboración de ciertos medios y periodistas, buscaban difundir información manipulada para respaldar la represión y ocultar violaciones a los derechos humanos. Esto no significa que no puedan existir precedentes anteriores, como lo testifica la lectura del libro de Walsh sobre el caso Satanowsky. Ya en democracia, la mediatización de la política se hibridó con su judicialización, desarrollando y naturalizando esas nuevas formas del juego político basado las operaciones para dañar u horadar al oponente, al que han recurrido transversalmente los diferentes sectores políticos, otros grupos de poder, y agentes de los sótanos de la democracia, a los que sectores del periodismo han sido permeables, a veces colaborativos, y a veces partícipes voluntarios. En ese mundo de las llamadas “operaciones”, han sido a veces operados y, otras, operadores. Dichas

relaciones y porosidades han contribuido, sin duda, a socavar a tanto las instituciones y a los actores de la política, así como a la propia credibilidad del periodismo.

He hecho varias referencias a antecedentes históricos hasta aquí. Querría aquí enfocarme brevemente en la cuestión de los legados históricos que condicionan nuestro sistema mediático. Aquí se hace presente una especie de paradoja. La creciente importancia de los medios como instituciones y actores en nuestra política crecientemente mediatizada del período posautoritario nos lleva a pensar en los legados históricos que moldearon rasgos de nuestro sistema mediático en su vínculo con el sistema político. La literatura reciente en el campo de la comunicación política comparada, desde el trabajo seminal de Hallin y Mancini (2004), ha señalado la presencia de importantes *path dependences* en el desarrollo de los sistemas mediáticos nacionales, e incluso ha permitido aventurar que no se puede comprender la estructuración de los vínculos medios-política si no se los contempla en el contexto de su desarrollo histórico y si no se presta atención a ciertos legados institucionales.

En tal sentido querría señalar que no podemos, por ejemplo, comprender el sentido de las lógicas instrumentales a las que hemos hecho referencia, si no las vemos en el marco de un escaso desarrollo de la dimensión racional-legal del Estado. Un entramado en el que el particularismo, el patrimonialismo y la aplicación selectiva de las normas legales priman como criterio de asignación de recursos, es el contexto en que adquieren sentido el predominio por sobre otros el uso de los medios como recurso de poder e influencia por parte de intereses privados.

Del mismo modo, como sugerí la división entre populismo y antipopulismo como estructurador central de los alineamientos del sistema mediático polarizado de Argentina y la predominancia de posturas y retóricas antipopulistas en los medios de comunicación *mainstream* debe entenderse en el marco de la emergencia del kirchnerismo, de la ola regional de populismos de izquierda, y en particular, el surgimiento del espectro “chavista”. Sin embargo, el enfoque histórico-institucional nos recuerda que las trayectorias a la política de masas moderna condicionan las características presentes de la conexión medios-política. En tal sentido, la experiencia del primer peronismo como camino a la incorporación política y a la política de masas también debe ser interrogada en función de la huella dejada en el sistema de medios. Si bien es difícil hacer inferencias causales, el período del “populismo clásico” estuvo, desde sus inicios, signado por agudos conflictos con las instituciones de la prensa establecida. Al igual que las otras experiencias del populismo latinoamericano del siglo XX, la fuerte oposición y polarización a lo largo de líneas de clase, situó a la prensa en el centro de la contienda política. Durante 1945, casi toda la prensa de élite y comercial retrató las movilizaciones populares que dieron origen al peronismo como una muestra irracional de un *otro* bárbaro manipulado por un aprendiz del fascismo europeo derrotado. Las salas de redacción de los principales diarios se convi-

rtieron en importantes escenarios de oposición antiperonista. El gobierno peronista respondió con medidas coercitivas, burocráticas y eco-



nómicas que limitaron progresivamente la expresión de la disidencia, cuyo episodio más emblemático fue el cierre del diario *La Prensa*.

Esta experiencia histórica dejó al menos dos legados que resurgieron en la década de 2000. Uno de ellos se manifestó a nivel de la narrativa clásica de la prensa anti Peronista que enmarcó al populismo como enemigo natural de la libertad de prensa. Relegada al ámbito académico, dicha narrativa del populismo como inherentemente autoritario e incompatible con la libertad de expresión reemergió en el discurso periodístico con el ascenso del chavismo y el kirchnerismo. Paralelamente, la inscripción del kirchnerismo en la marea de populismos de izquierda en la región, reactivó en redes y organizaciones regionales de prensa como la Sociedad Interamericana de Prensa o el Grupo de Diarios de América, el papel de vigilancia regional antipopulista.

Esta cuestión de los legados históricos en nuestros sistemas de medios del presente de las trayectorias históricas de desarrollo político me lleva a un último punto. En nuestro ordenamiento político federal tenemos subsistemas mediáticos a nivel provincial con fuertes heterogeneidades entre sí y respecto del sistema de medios nacional. Esos sistemas subnacionales varían fuertemente en términos de su propiedad, del tamaño de los mercados de anunciantes y de su concomitante grado de dependencia o autonomía respecto del estado, en términos de pluralismo, representación y vínculos con la sociedad civil. Esas heterogeneidades territoriales caracterizan y diferencian en general a los sistemas de medios de América Latina, de la que formamos parte, y está vinculada, nuevamente, a la modernización desigual de las regiones de nuestros países. Las grandes centros urbanos, industriales y ciudades capitales contrastan con *hinterlands* alejados, relativamente deshabitados y desacoplados del desarrollo capitalista. Unos y otros dan lugar a grandes asimetrías en términos de mercados mediáticos, audiencias y profesionalización periodística (Echeverría, González y Reyna, 2022). Estas divergencias dan lugar a dinámicas muy diferentes en las relaciones entre élites políticas y medios. El interés de la ciencia política por la política y los regímenes subnacionales ha prestado cierta atención al rol de los medios.

Algunos trabajos han vinculado el papel de los medios con los regímenes subnacionales, argumentando que las provincias, que él denomina “rentistas” que dependen de transferencias del gobierno nacional, posibilitan utilizar estos recursos a los gobernadores de manera discrecional para consolidar su poder político, entre otras cuestiones, a través del control o la cooptación de los medios locales. La dependencia de los recursos del Estado provincial desincentiva la disidencia y la competencia política. Esta dependencia económica de los medios y de demás actores perpetúa el dominio del partido gobernante y afecta, más allá de la existencia de elecciones limpias, la calidad democrática de los regímenes subnacionales (Gervasoni, 2011). Otras perspectivas identifican “prácticas iliberales” o “juegos cerrados” a nivel subnacional que, sin constituir un régimen, erosionan gradualmente las normas y valores democráticos por medio de la cooptación o el control mediático. Los “juegos cerrados” la política subnacional describen lógicas de familias políticas que persisten en el poder a través de instituciones estables y prácticas estructuradas que incluyen la hegemonía sobre los medios a través de la propiedad, el control de los medios públicos y el uso

discrecional de la publicidad estatal (Behrend y Whitehead, 2017). Otros autores han explorado cómo los medios pueden, eventualmente, alterar las dinámicas de poder en un sentido democratizador en contextos de crisis, cuando despojan a los gobernantes locales del control de fronteras por medios de la transmisión a los medios y la opinión pública nacionales de la problemática local, y forzando la intervención de actores políticos nacionales (Gibson, 2007).

Todos estos trabajos, sin embargo, se han enfocado en casos de sistemas políticos (y de medios) fuertemente patrimonialistas. Otros trabajos, más panorámicos sobre provincias más diversas, han mapeado sistemas de medios más variados, y alejados del control hegemónico, e incluso con medios fuertemente enfrentados a las élites estatales.

A igual que en el nivel nacional, los dramáticos cambios en los sistemas de medios provocados por la transición digital están alterando fuertemente los escenarios que se estructuraron a partir de nuestra transición política. La digitalización no significa el fin de los medios tal y como los conocemos. Hay legados que sin duda seguirán operando, pero, sin duda también, el futuro próximo será uno de novedades y discontinuidades.

## Referencias bibliográficas

- Balán, M. (2013). Polarización y medios a 30 años de democracia. *Revista SAAP*, 7(2), 473-481.
- Behrend, J. y Whitehead, L. (2017). Prácticas iliberales y antidemocráticas a nivel subnacional: enfoques comparados. *Colombia Internacional*, 91, 17-43.
- Boczkowski, P., Mitchelstein, E., Giuliano, C. y Ferro, J. (2022). Haz lo que yo digo pero no lo que yo hago: 30 años de cobertura de regulación estatal de medios en Argentina. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 27, 173-193. <https://doi.org/10.5209/ciyc.81487>
- Echeverría, M., González, R. A. & Reyna, V. H. (2022). Bringing History back into Media Systems Theory. Multiple Modernities and Institutional Legacies in Latin America. *The International Journal of Press/Politics*. [doi.org/10.1177/19401612221141315](https://doi.org/10.1177/19401612221141315)
- Gervasoni, C. (2011). Una teoría rentística de los regímenes subnacionales: federalismo fiscal, democracia y autoritarismo en las provincias argentinas. *Desarrollo económico*, 50(200), 579-610.
- Gibson, E. (2007). Control de límites: autoritarismo subnacional en países democráticos. *Desarrollo Económico*, 47(186), 163-191.
- Hallin, D. y Mancini, P. (2004). *Comparing media systems: Three models of media and politics*. Cambridge: Cambridge University Press.